

www.elboomeran.com

Hugo Bettauer
LA CIUDAD SIN JUDÍOS
Novela de pasado mañana

TRADUCCIÓN DE RICHARD GROSS
POSTFACIO DE MURRAY G. HALL

EDITORIAL PERIFÉRICA

PRIMERA EDICIÓN: noviembre de 2015
TÍTULO ORIGINAL: *Die Stadt ohne Juden*

© de la traducción, Richard Gross, 2015
© del postfacio, Murray G. Hall, 2015
© de esta edición, Editorial Periférica, 2015
Apartado de Correos 293. Cáceres 10001
info@editorialperiferica.com
www.editorialperiferica.com

ISBN: 978-84-16291-23-6
DEPÓSITO LEGAL: CC-282-2015
IMPRESIÓN: KADMOS
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

El editor autoriza la reproducción de este libro, total o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales.

PRIMERA PARTE

I. LA LEY ANTIJUDÍA

Una muralla humana cercaba, desde el Bellaria hasta la Universidad, el noble, pulcro y tranquilo edificio del Parlamento. A las diez de la mañana de ese día de junio Viena entera parecía haberse dado cita en el lugar donde se desarrollaría un acontecimiento histórico de alcance imprevisible. Burgueses y obreros, damas de la alta sociedad y mujeres del pueblo, ancianos y adolescentes, mozas, niños, inválidos, todos se fundían en un inmenso maremágnum, vociferando, vertiendo opiniones políticas, sudando. Una y otra vez algún fanático salía a la palestra para lanzar su soflama al corro de los presentes; una y otra vez resonaba el grito:

—¡Fuera los judíos!

Por lo general, en manifestaciones similares se propinaba una buena paliza a alguien de nariz curvada o pelo particularmente moreno; esta vez no se produjo ningún incidente de esa índole, pues lo judío brillaba por su ausencia y los cafés y negocios bancarios del Franzensring y el Schottenring habían cerrado sus puertas y bajado las persianas metálicas tras haber sopesado sabiamente las contingencias.

De repente, un bramido colectivo desgarró el aire.

—¡Arriba el doctor Karl Schwertfeger! ¡Arriba! ¡Arriba! ¡Arriba! ¡Viva el libertador de Austria!

Un automóvil descapotado avanzaba a marcha lenta hendiendo la masa humana, que se abría a su paso. A

bordo del mismo viajaba un caballero mayor, alto y con la cabeza cubierta de arbitrarios mechones de pelo cano.

Se quitó el blando sombrero gris de ala ancha, hizo venias a la multitud vitoreante y torció el gesto en una sonrisa. Pero era una sonrisa amarga, desmentida en cierto modo por los dos surcos que descendían de las comisuras de los labios. Y sus ojos grises y hundidos miraban con expresión más adusta que alegre.

Un par de muchachas sonrientes se abrieron camino a codazos y saltaron al estribo del vehículo. La primera tiró flores al celebrado personaje y la segunda, más descarada aún, se lanzó a su cuello y lo besó en la mejilla. Como si el chófer intuyera lo que su señor sentía ante tales efusiones, dio un pisotón al acelerador y las jóvenes cayeron hacia atrás. No se hicieron daño porque las recogió la muchedumbre.

En el Parlamento, contrastando con el alborotado entusiasmo de la calle, reinaba una agitación febril. Los diputados reunidos en pleno, los ministros y los ujieres deambulaban callados y sin sosiego, e incluso la atestada galería guardaba silencio.

En el palco de los periodistas, que acostumbraba a ser el lugar de más jaleo, se hablaba en susurros. Y se daba en él una extraña división espacial. La compacta mayoría que formaban los corresponsales judíos había juntado sus sillas, mientras que los enviados de las gacetas socialcristianas y nacionalgermánicas hacían rancho aparte. Otras veces, los periodistas judíos y cristianos se mezclaban alegremente, pues en el ámbito profesional no se era correligionario de partido sino compañero

de oficio, y dado que los reporteros judíos solían conocer más novedades y aprovecharlas mejor, los anti-semitas dependían en gran medida de ellos. Ese día, sin embargo, los del rincón cristiano disparaban miradas malignas hacia el de los judíos, y cuando llegó el pequeño Karpeles, del *Weltpost*, y saludó al doctor Wiesel, del *Wehr*, con un «hola, compañero», éste le volvió la espalda sin responder al saludo.

El caso es que seguían llegando periodistas, entre ellos algunos representantes de la prensa extranjera que acababan de arribar a Viena.

—Es que aquí uno ya no puede ni moverse —gruñó Herglotz, del cristiano *Tag*.

Le contestó un colega barbudo de cabeza pequeña e imponente barriga cervecera:

—Es cuestión de unos días, luego tendremos sitio de sobra.

Tosecillas, sonrisas, carcajadas en un lado; cruce de miradas significativas en el otro.

Un joven caballero rubio de mejillas encendidas hizo una leve reverencia a derecha y a izquierda.

—Holbom, del *London Telegraph*. Acabo de llegar y la verdad es que no entiendo nada. Anteayer regresé de Sidney a Londres después de medio año de ausencia, y una hora más tarde ya estaba en el tren rumbo a Viena. El burro de nuestro jefe de edición sólo me dijo que aquí se iba a armar un follón porque echaban a los judíos. «Desplácese y haga la cobertura hasta que re-viente el cable», me dijo. Sería, pues, muy amable de su parte si pudieran instruirme rápidamente.

Lo dijo en una jergonza angloalemana tan graciosa que la tensión amainó un poco. Minkus, del *Tagesbote*, se apoderó con gestos desaforados del colega inglés y comenzó a decirle:

–Se lo explicaré todo con detalle...

Pero el doctor Wiesel no lo dejó continuar.

–Disculpe, pero es mejor que le instruyamos nosotros.

Su tono era conminatorio y subrayaba el «nosotros» con empaque. De modo que Holbom fue a parar al rincón cristiano, donde Wiesel le dio una explicación breve y sucinta:

–Lo que ha de suceder lo va a saber enseguida por boca de nuestro canciller federal, el doctor Karl Schwertfeger, quien expondrá los motivos de la ley que regulará la expulsión de todos los no arios de Austria. En resumen, los antecedentes son éstos: después del llamado «saneamiento», que duró dos años, las finanzas del país volvieron a desbarajustarse. Cuando la corona austríaca cayó a la doscentésima parte del valor del céntimo francés, estalló el caos. Tuvo que dimitir un ministro tras otro, se produjeron disturbios, cada día se saquearon tiendas y se organizaron pogromos, la furia y la desesperación de la población no conocía límites, y finalmente hubo que convocar elecciones anticipadas. Los socialdemócratas hicieron campaña con el programa de siempre, mientras que los socialcristianos formaron piña en torno a su perspicaz dirigente, el doctor Karl Schwertfeger, cuya consigna era «¡fuera de Austria los judíos!». Como usted sabrá –Holborn asintió aunque no tenía idea–, las elecciones supusieron el descalabro total de

socialdemócratas, comunistas y liberales. Incluso las masas obreras votaron bajo el lema de «¡fuera los judíos!», y el partido socialdemócrata, antes la formación mayoritaria en términos relativos, sólo pudo salvar once escaños. Los pangermánicos adoptaron el mismo lema antijudío y sacaron un buen resultado.

»Y bien, con su ingenio, su elocuencia y su audaz ímpetu, el doctor Schwertfeger le ganó el pulso a la Sociedad de Naciones, puesta ante la disyuntiva de permitir la incorporación de Austria a Alemania o tolerar la marcha de los acontecimientos, obteniendo su permiso para la gran expulsión de los judíos. Ahora el propio Schwertfeger va a presentar la ley, que con toda seguridad será aprobada. Es usted, por tanto, testigo de un...

Algunos chistaron, y Wiesel no pudo continuar porque el presidente de la Cámara, un tirolés de barbas rojizas, agitó la campanilla dándole la palabra al canciller.

Se hizo un silencio sepulcral que confería tétricas resonancias al zumbido de los ventiladores. Ni el menor carraspeo, ni el rumor de los papeles en el palco de los periodistas pasaban inadvertidos.

Descomunally, pese a su espalda encorvada y el cráneo inclinado hacia delante, el canciller se erguía en la tribuna de oradores; los puños apoyados en el pupitre y los ojos agudos refulgiendo bajo las pobladas cejas grises. Al comienzo inmóvil, de súbito echó la cabeza hacia atrás e hizo tronar su poderosa voz, que imponía atención hasta en las reuniones más turbulentas:

—Estimadas señorías: he venido para someter a su votación una ley y unas modificaciones de nuestra Cons-

titución federal que tienen por objeto nada menos que la expulsión de la población no aria o, dicho más claramente, judía, de Austria. Antes de proceder a ello, quisiera hacer algunas observaciones de carácter estrictamente personal. Desde hace cinco años soy el dirigente del Partido Socialcristiano, y desde hace uno, por la voluntad de la gran mayoría de esta Cámara, canciller federal. Durante estos cinco años las llamadas gacetas liberales y socialdemócratas, en otras palabras, todos los periódicos llevados por judíos, me han presentado como una suerte de espantajo, un furibundo enemigo suyo, un fanático que odia el judaísmo y a quienes le pertenecen. Ahora bien, precisamente hoy, cuando el poder de esta prensa toca irrevocablemente a su fin, siento el anhelo de declarar que no es así. Es más, tengo el valor de proclamar desde esta tribuna que, antes bien, soy amigo de los judíos, no su enemigo. —Atravesó la sala un murmullo y zumbido como cuando una bandada de pájaros levanta el vuelo en el campo—. En efecto, señorías, yo aprecio a los judíos. Antes de meterme en las arenas movedizas de la política tenía amigos entre los de su raza; estuve sentado, antaño en la Universidad, a los pies de profesores judíos a los que veneraba y sigo venerando; reconozco sin titubeos las virtudes genuinamente judías, como su extraordinaria inteligencia, su afán de prosperar, su ejemplar sentido de la familia, su internacionalidad, su capacidad de adaptarse al medio. Son virtudes que reconozco y admiro.

—¡Escuchad! ¡Escuchad! —dijeron algunos. Los diputados y el auditorio fueron presa de un formidable

suspense, y el periodista británico Holborn, que no lo había comprendido todo, preguntó con vivo interés al doctor Wiesel si aquel hombre era el representante del judaísmo.

El canciller continuó.

—No obstante, o precisamente por eso, con los años se ha ido afirmando en mí la convicción de que los no judíos no podemos seguir viviendo, ya sea sometidos, ya sea simplemente mezclados, con los judíos; la cuestión es doblarse o romper; tenemos que hacer sacrificio o bien de nosotros, nuestra esencia y existencia cristiana, o bien de los judíos. ¡Estimada Cámara! La realidad es ésta: los arios austríacos no estamos a la altura de los judíos; nos domina, nos subyuga, nos viola una pequeña minoría dotada de atributos de los que nosotros carecemos. Los románicos, los anglosajones, los yanquis, incluso los suabos y los alemanes del norte, pueden digerirlos porque se asemejan a ellos y a menudo los superan en cuanto a agilidad, tesón, sentido del negocio y energía. Nosotros, empero, no podemos asimilarlos; nos resultan cuerpos extraños que avasallan nuestro organismo y acaban esclavizándolo. Nuestra gente procede, en su mayoría, de la montaña; es gente ingenua, cándida, soñadora, pueril, ensimismada en ideales infructuosos, entregada a la música y a la recoleta contemplación de la naturaleza, proba y piadosa, buena y bienintencionada. Se trata de atributos bellos, maravillosos, de los que puede brotar una cultura magnífica, una forma de vivir espléndida, si se deja que esos atributos germinen y se desarrollen. Pero los judíos que

hay entre nosotros no han tolerado ese desarrollo silencioso. Con su tremenda agudeza de intelecto, su cosmopolitismo desligado de la tradición, su felina soltura, su fulminante rapidez mental, esas destrezas pulidas por la opresión milenaria, nos han sojuzgado convirtiéndose en nuestros amos y haciéndose con el dominio de toda la vida económica, intelectual y cultural.

Rugidos de «¡bravo!» y «¡eso!».

—¡Así es!

El doctor Schwertfeger, con su huesuda diestra, se llevó el vaso a los finos labios y su mirada, entre sarcástica y satisfecha, barrió la sala.

—Fijémonos en la pequeña Austria actual. ¿Quiénes tienen en sus manos la prensa y, por tanto, la opinión pública? ¡Los judíos! ¿Quiénes han ido acumulando, desde el infausto año 1914, millardos y millardos? ¡Los judíos! ¿Quiénes controlan la inmensa circulación de billetes bancarios, ocupan los puestos directivos de los grandes bancos y la cúspide de casi todas las industrias? ¡Los judíos! ¿Quiénes son los dueños de nuestros teatros? ¡Los judíos! ¿Quiénes escriben las obras que en ellos se representan? ¡Los judíos! ¿Quiénes viajan en automóvil, se divierten en los clubes nocturnos, llenan los cafés y los restaurantes selectos y engalanan a sus mujeres con perlas y joyas? ¡Los judíos!

»¡Estimados presentes! He dicho, y sigo diciendo, que considero a los judíos, vistos como tales y de forma objetiva, individuos valiosos; pero ¿no es también el escarabajo de las rosas, con sus alas rutilantes, una criatura bella y valiosa, y sin embargo el precavido jardinero lo

extermina porque es más amigo de la rosa que del escarabajo? ¿No es el tigre un animal soberbio, lleno de fuerza, valor e inteligencia y, pese a ello, se le caza y persigue porque la lucha por la vida propia así lo exige? Es exclusivamente desde este punto de vista que podemos contemplar la cuestión judía en nuestro país. ¡O nosotros o ellos! ¡O nosotros, que sumamos las diez novenas partes de la población, nos hundimos o los judíos tienen que desaparecer! Y como el poder, por fin, es nuestro, seríamos unos insensatos, es más: atentaríamos contra nosotros mismos y nuestros hijos, si no hiciéramos uso de ese poder y nos abstuviésemos de expulsar a la pequeña minoría que nos está destruyendo. ¡Debemos huir de tópicos como la «humanidad», la «justicia» o la «tolerancia» para centrarnos en nuestra existencia, nuestra vida y la de las generaciones futuras! Los últimos años han centuplicado nuestra miseria, estamos en plena quiebra del Estado, vamos camino de la disolución, dentro de pocos años nuestros vecinos se nos echarán encima para despedazarnos con el pretexto de poner orden en nuestra casa... pero los judíos, ajenos a cuanto suceda, florecerán, medrarán, dominarán la situación y, como nunca han sido germanos de sangre ni de corazón, seguirán siendo los amos ¡mientras que nosotros seremos sus esclavos!

La sala se vio embargada por una terrible agitación. Hubo gritos feroces de «¡hay que evitarlo!» y «¡salvémonos a nosotros y a nuestros hijos!», y desde la calle retumbaba el eco de diez mil gargantas: «¡Fuera los judíos!».

El doctor Schwertfeger dejó pasar el revuelo, recibió los apretones de manos de los ministros y abordó la cuestión de la aplicación de la ley. Dijo que, conforme a los imperativos de la humanidad y los términos impuestos por la Sociedad de Naciones, se procedería con la mayor clemencia y justicia. Cada expulsado tendría derecho a llevarse su patrimonio, en la medida en que consistiera en dinero en efectivo, títulos de valor o joyas, a enajenar bienes inmuebles, y a vender de forma directa su negocio. De las empresas inalienables se haría cargo el Estado, capitalizando con un cinco por ciento el beneficio neto según la declaración fiscal del último año. Es decir, si una empresa presentaba beneficios netos de medio millón, se reembolsarían por la misma diez millones. Una sonrisa maliciosa frunció los labios del canciller.

—Claro que estos reembolsos, así como el permiso de sacar del país dinero en efectivo, se regirán únicamente por la declaración fiscal. Si uno no ha declarado patrimonio, éste le será confiscado. Si uno ha cuantificado sus beneficios netos con medio millón, podrá llevarse diez millones aunque su renta real sea diez veces superior. De este modo algunos pecados se volverán contundentemente contra sus autores... —comentó el orador en medio de la hilaridad estrepitosa de los presentes. Luego prosiguió—: los asalariados y los trabajadores intelectuales, que, de hecho, no tienen patrimonio, como, por ejemplo, los médicos, recibirán del Estado, para su salida, el importe equivalente a la renta anual que declararon. Así pues, si un médico ha declarado ingresos

de trescientos mil, recibirá esa misma cantidad. Para prevenir cualquier tipo de evasión fiscal la ley incluye la cláusula draconiana de que la tentativa de sacar cantidades superiores a las permitidas será castigada con la muerte. Igualmente se dictará la pena capital contra aquellos judíos y descendientes de tales que intenten permanecer en Austria de forma clandestina.

»La ley se aplicará de la manera siguiente:

»Aquellos comerciantes, los hombres de negocios y los llamados agentes, que no estén registrados deberán cruzar las fronteras del país dentro de tres meses a partir de la aprobación de la ley. Los dueños de empresas registradas, empleados, funcionarios y trabajadores manuales deberán hacerlo dentro de cuatro meses, y los artistas, investigadores, médicos, abogados, etcétera, dentro de cinco. Los directores de sociedades anónimas, bancos e industrias que el año pasado declararan una renta superior a doscientos millones dispondrán de un plazo de medio año.

»Pasaré ahora a un punto muy importante y les pido que presten toda su atención. Como saben, la ley de expulsión concierne no sólo a los judíos y judíos bautizados, sino también a sus descendientes. Se consideran como tales los hijos de matrimonios mixtos. Si, por ejemplo, una cristiana de pura ascendencia ario-germana se ha casado con un judío, la expulsión le afecta a él y a los hijos, mientras que la mujer puede, si quiere, quedarse en Austria. Tras reflexiones exhaustivas, el Gobierno ha decidido considerar a los nietos de matrimonios mixtos no como descendientes de judíos, sino como arios.

Por tanto, si un cristiano se ha casado con una judía, se expulsará a sus hijos mientras que los nietos podrán permanecer en el país, siempre que los padres no se hayan mezclado, a su vez, con judíos. Es la única concesión que contempla la ley.

»Desde muchos lados se nos ha sugerido establecer ciertas excepciones. Así, por ejemplo, se proponía que quedaran fuera de la normativa las personas de cierta edad, los enfermos, los débiles y los judíos con méritos especiales por la patria. Pero, señorías, si hubiese cedido a tales consejos, la ley se habría convertido en una farsa. El capital judío y la influencia judía habrían trabajado día y noche para fabricar miles y miles de casos excepcionales, y dentro de cincuenta años estaríamos donde estamos ahora. ¡No, no hay excepciones, no hay protección, no hay compasión ni se hará la vista gorda! Para los enfermos y decrepitos, el Gobierno habilitará espléndidos trenes-hospital, y sólo aquellos judíos que, según el dictamen forense, estén absolutamente incapacitados para viajar podrán permanecer aquí para esperar su recuperación o su muerte.

El doctor Schwertfeger hizo una leve reverencia, se dirigió a su escaño y se hundió pesadamente en el asiento. La última de sus declaraciones había producido un efecto bien extraño: sólo hubo esporádicas voces de aclamación, que contrastaban con cierta angustia, de percepción casi física, con muchos rostros de pánico y terror, y brotes de nerviosismo en la galería donde una mujer se desmayó exclamando «¡mis hijos!». Y a pesar del fuerte aplauso que se tributó al discurso del canci-

ller, el pequeño grupo socialdemócrata gritaba al unísono «¡es increíble!», «¡qué asco!», «¡qué escándalo!».

El presidente barbirrojo cedió la palabra al ministro de Hacienda, el profesor Trumm. Trumm, un hombre de baja estatura, tenía el arrugado aspecto de una ciruela pasa, hablaba con voz de tiple y se cortaba cada vez que la lengua se le trababa entre el paladar y su dentadura postiza. En medio de un gran suspense disertó sobre el aspecto económico de la ley de expulsión dejando claro que el reembolso por los negocios y bienes inmuebles judíos gravaría onerosamente no sólo el capital privado cristiano sino también el erario público. Miles de millardos de coronas apenas serían suficientes y la expulsión, de eso no cabía duda, acarrearía, al principio, toda clase de dificultades económicas.

—Pero, gracias a Dios —se persignó al pronunciar la palabra—, no estaremos solos en los próximos y difíciles días. Puedo dar a sus señorías la feliz noticia de que la auténtica y verdadera comunidad cristiana del mundo ha cerrado filas para ayudarnos. No sólo el Gobierno austríaco lleva varios meses celebrando negociaciones internacionales, sino que también la Asociación Pío ha desplegado, con toda discreción, una campaña inmensa que ha generado esplendorosos frutos. La Federación de Cristianos Renacidos de los países escandinavos, que cuenta con numerosos grandes banqueros y comerciantes, pondrá a nuestra disposición un préstamo ingente en divisas danesa, sueca y noruega. El magnate norteamericano Jonathan Huxtable, uno de los hombres más ricos del mundo y luchador entusiasta por la causa de

Cristo, aportará una inversión de veinte millones de dólares. La Liga de Cristianos francesa movilizará cien millones de francos... En resumen: saldrán al extranjero millardos de coronas, pero entrarán en el país millardos en oro.

Entusiasmo descomunal en la Cámara. Docenas de diputados salieron en estampida para abalanzarse sobre los teléfonos y dar, a sus respectivos bancos, órdenes de comprar divisas extranjeras. La centralita apenas daba abasto con tanto afán por hacerse comunicar con Karpeles y Cía., Veilchenfeld & hijos, Rosenstrauch y Butterfass, Kohn, Cohn & Kohen y otros grandes bancos. Mientras el ministro continuaba su discurso, tras un minuto entero intentando destrabar su atascada lengua, en el palco de los periodistas el inglés Holbom contó con media sonrisa:

—John Huxtable es un tipo piadoso. Arremete contra los judíos desde que su mujer se largó con un boxeador profesional israelita. Es un riguroso defensor de la Ley Seca pero se emborracha cada día con gotas para el estómago que le suministra la farmacia. En una ocasión se le vio beber de un trago una botella entera de agua de colonia. Si quiere invertir veinte millones aquí, querrá ganar cincuenta con la inversión.

El doctor Wiesel hizo una mueca de rechazo mientras que los periodistas judíos se apresuraron a tomar nota para publicar las últimas maldades.

Llegó el turno de partidarios y detractores de la ley. Los socialdemócratas se pronunciaron en contra. Pero cuando su dirigente, Weitherz, manifestaba su indig-

nación con palabras serenas y ecuanímes y calificaba la propuesta de testimonio de la ignominia humana, se produjo un gran tumulto, con llaves y bolas de papel tiradas desde la galería, tortazos y la salida entre protestas de la pequeña oposición. El diputado socialcristiano monseñor Zweibacher ensalzó al doctor Schwertfeger como apóstol moderno digno de futura beatificación. Los diputados pangermánicos Wondratschek y Jiratschek abordaron la ley desde el punto de vista racial, y Jiratschek, que hablaba con fuerte acento checo, tuvo un sollozo de emoción y remató su discurso exclamando «¡Odín anda entre nosotros!». El último en tomar la palabra, entre gritos de escarnio, fue el único diputado sionista, el ingeniero Minkus Wassertrilling. El joven hombre, alto y esbelto, aguardó con los brazos cruzados hasta que se hiciera el silencio. Luego dijo:

–Estimados discípulos de aquel judío que, para salvar a la humanidad, cometió la locura de hacerse clavar en la cruz... –Abucheos tempestuosos: «¡Fuera los judíos!»–. Sí, señorías, me uno a su coro, a su «¡fuera los judíos!», y votaré con placer a favor de esta ley. Los sionistas saludamos la normativa porque responde completamente a nuestras metas. Del medio millón de judíos afectados por la misma, alrededor de la mitad se congregará bajo el estandarte sionista, y los demás hallarán grata acogida en Francia e Inglaterra, en Italia y Norteamérica, en España y los países balcánicos. No temo por el destino de mi pueblo. Lo que estaba pensado como un azote producto de la cínica maldad y estupidez, se tornará en bendición.

El tumulto engulló el resto de sus palabras, y finalmente también el sionista se vio obligado a abandonar el hemiciclo. Así que la votación, realizada de forma nominal, trajo la aprobación unánime de la ley, que pasó a marchas forzadas por la comisión y la lectura segunda y tercera ese mismo día.

Cuando, a altas horas de la noche, por fin los diputados pudieron abandonar el Parlamento, se encontraron con una Viena festivamente iluminada. En todos los edificios públicos ondeaba la bandera rojiblanca, había fuegos artificiales, y las masas desfilaron hasta mucho después de la medianoche, dirigiéndose una y otra vez al palacio del canciller para brindar sus vítores al doctor Schwertfeger y jalearlo como el libertador de Austria...